

GEORGES MARCHAIS: "NO PRETENDEMOS NI TRANQUILIZAR NI ASUSTAR A LOS FRANCESES"

POMPIDOU le acusó en la televisión de «poner ojos tiernos» para no infundir temor a los franceses. A continuación, el Presidente presentó a los telespectadores lo que él considera el «auténtico rostro» del secretario del Partido Comunista Francés.

GEORGES MARCHAIS.—Las declaraciones de Pompidou reflejan su inquietud. Confirman que la política y la acción de nuestro partido suscitan un interés creciente entre los trabajadores. Es verdad que, para utilizar las mismas palabras que Pompidou, «ya no infundimos miedo» a muchos franceses que antes nos miraban con cierto recelo. Es normal. Esos franceses se han dado cuenta de que es la política actual, y no nuestro partido, la que realmente pone en tela de juicio las condiciones en que se desarrolla su existencia, a la vez que representa una amenaza para el futuro. Porque ven que nuestro partido está en la misma vanguardia de la acción contra la actual política del Gobierno y propugna un cambio auténtico. Estos franceses ven igualmente en el Partido Comunista Francés un partido dinámico, abierto, «adecuado a los tiempos que corren».

«No somos nosotros quienes representamos una amenaza para las libertades. Es el propio Pompidou, quien pretende, desafiando a la misma Constitución, de la que al mismo tiempo se declara defensor, oponerse a la voluntad expresada democráticamente mediante el sufragio universal. Si los trabajadores, los demócratas —que son los más numerosos en nuestro país— afirman claramente en la unión su voluntad de ver la política del Programa común convertida en la política de Francia, será preciso que el Presidente de la República lo tenga en cuenta. En caso contrario, el país entero le condenará».

• Es verdad que, desde hace unas semanas, usted parece esforzarse en tranquilizar a la opinión pública. Usted ha dicho, por ejemplo: «La aplicación del Programa no equivaldría a la instauración del socialismo, y mucho menos del comunismo». ¿A qué conducirá entonces el Programa?

ENTREVISTA CON EL SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO COMUNISTA FRANCÉS



Carteles de propaganda del partido comunista en Villejuif, circunscripción electoral de Georges Marchais.

G. M.—No pretendemos ni tranquilizar ni asustar a los franceses, nos limitamos a decirles la verdad. ¿Que la aplicación del Programa común no entrañará la instauración del socialismo y menos aún del comunismo? Ciertamente. El socialismo es, por lo menos, la propiedad colectiva de los principales medios de producción e intercambio y el poder de la clase obrera y sus aliados. El Programa común no va, sin embargo, tan lejos. No es preciso edulcorar el significado real de una transformación socialista de la sociedad.

¿Significa nuestra adhesión al Programa que hemos renunciado al socialismo? En absoluto. Queremos una Francia socialista. Pero el socialismo no se instaura

por decreto. Son los trabajadores, es el pueblo quien debe decidir. A él y sólo a él corresponderá decidir —cuando llegue el momento y sobre la base de la experiencia— el compromiso de Francia en la tarea de construir una sociedad nueva de la forma y en las condiciones más adecuadas a nuestro país y a nuestro tiempo.

Y pensamos precisamente que la nueva democracia que permitirá llevar a cabo el Programa común creará las condiciones más idóneas para que nuestro pueblo decida pasar a la etapa ulterior. ¿Cómo? Gracias al debilitamiento de las posiciones del gran capital, al fortalecimiento del peso de la clase obrera en la vida nacional, a la consolidación de su unidad

y de la unión de todos los trabajadores, cuya experiencia habrá dado ya frutos.

«En suma, la democracia económica y política a la que conducirá la realización del Programa común —que corresponde a lo que nosotros llamamos, sin incurrir en el fetichismo de las palabras, una «democracia avanzada»— constituye una etapa, una transición posible hacia el socialismo. Ser revolucionario en mil novecientos setenta y tres es trabajar en pro de la total realización del Programa común. Es lo que hacemos y seguiremos haciendo, y nuestra voluntad de caminar hacia el socialismo es precisamente la mejor garantía de lo que decimos».

—Poco después del Veinte Congreso del Partido, usted hizo un viaje a la Unión Soviética. La derecha calificó aquello de «fidelidad a Moscú». Sin llegar a tamaña exageración, nos gustaría saber si usted habló con los dirigentes soviéticos de la estrategia del frente común con la socialdemocracia.

G. M.—Como ya dije en otra ocasión, y como indica claramente el comunicado común, mi viaje a Moscú no tenía nada que ver con la coyuntura electoral francesa. Hablamos de los problemas de la lucha por la paz, de la seguridad colectiva y de la cooperación internacional. Y llegamos a la conclusión de que la nueva situación que está creándose en Europa permite considerar con los partidos y fuerzas democráticos, y en especial los socialistas, acciones comunes en favor de la seguridad europea.

«La política de nuestro partido se decide en París y nada más que aquí».

• ¿No preguntó usted a los dirigentes soviéticos si deseaban realmente una victoria de la Unión de la Izquierda?

G. M.—No, porque no necesito la caución de nadie en este terreno.

• En caso de victoria en el próximo marzo y, consecuentemente, de participación comunista en el gobierno, ¿cómo piensan conciliar ustedes sus responsabilidades gubernamentales con el apoyo a las luchas de los trabajadores?

G. M.—Nuestro partido tiene por vocación la defensa de los intereses generales de los trabajadores manuales e intelectuales. Esta defensa la llevará a cabo mañana igual que ayer y como hoy. Esto quiere decir que los ministros comunistas velarán por la aplicación sistemática y completa de las medidas sociales y políticas a favor de los trabajadores contenidas en el Programa común. En tales condiciones no habrá, pues, problemas. Porque los trabajadores no hacen la huelga por la huelga. La larga experiencia de la clase obrera francesa —incluida la experiencia más reciente— ha enseñado a los trabajadores a rechazar el aventurismo y la sobrepujanza demagógica.

«Aclarado esto, si se producen retrasos y obstrucciones en el proceso de realización de las medidas sociales inmediatas previstas en el Programa común, y los trabajadores, después de haber agotado las nuevas posibilidades de llegar a un acuerdo, recurriesen a la huelga —repito que el Programa común garantiza el derecho de huelga— para imponer el respeto de los compromisos adoptados, los comunistas se pondrían de parte de los trabajadores. Que nadie dude de esto.

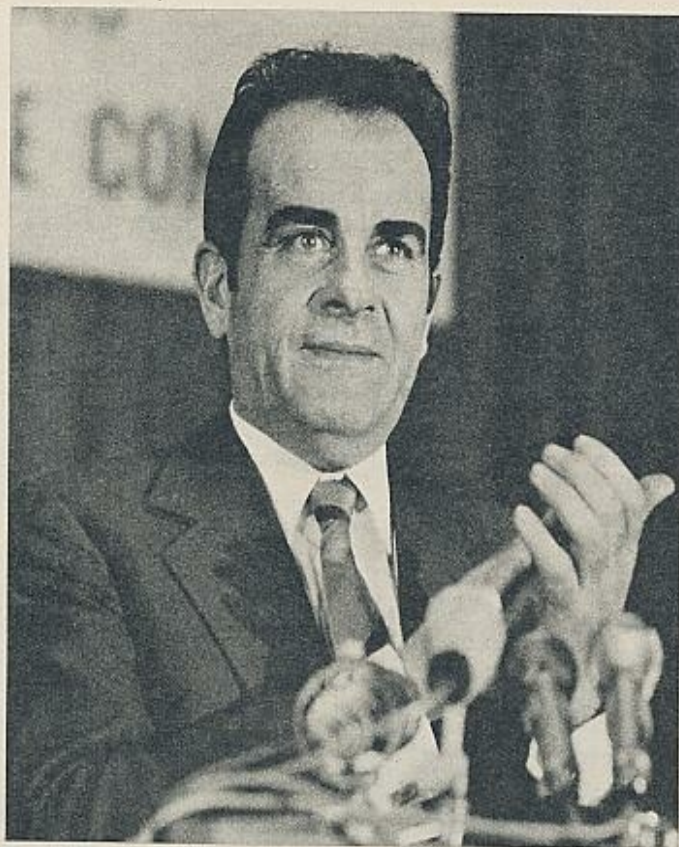
«Añadiré que nosotros los comunistas, contrariamente a la UDR, no queremos confundir el partido con el Estado.

• En las reuniones públicas, a los candidatos comunistas y socialistas se les pregunta a menudo sobre los riesgos de fuga de capitales, caso de triunfar el Frente común. El Programa común prevé una serie de medidas. Pero, ¿cómo impedir que las empresas que tienen filiales en el extranjero hincen las facturas de estas sucursales? Un control interno supone la concesión de nuevos derechos a las organizaciones sindicales y a los representantes de los trabajadores del sector privado.

G. M.—Al gobierno de la izquierda unida no le faltarán medios de disuasión para conseguir que las empresas con filiales en el extranjero se comporten de acuerdo con el interés nacional. Estamos decididos por nuestra parte a que «el crimen no sea rentable».

«Además, y para contestar su pregunta, el Programa común prevé expresamente la concesión de nuevos derechos reales de control a los trabajadores y a sus organizaciones sindicales. Es este un factor importante para conseguir la estabilización de los precios y proteger nuestra moneda.

• Las nacionalizaciones que usted preconiza son nacionalizaciones democráticas. Los trabajadores de las empresas en cuestión —Rhône-Poulenc, Saint-Gobain, la CGE, Dassault, etcétera— deberían ser invitados desde ahora a reflexionar sobre las modalidades prácticas de tales nacionalizaciones. ¿Ha tomado ya el partido comunista alguna iniciativa en este sentido?



George Marchais, hablando en un mitin organizado en el Palacio de los Deportes de la puerta de Versalles por los candidatos comunistas de la región de París.

G. M.—Tiene usted razón al hablar de «nacionalizaciones democráticas». Es esencial que las empresas nacionales dispongan, dentro del marco de un plan, de plena autonomía de gestión, y que los trabajadores gocen de poderes reales y amplios. Pienso que no será difícil la aplicación de las decisiones de nacionalización, una vez adoptadas éstas por una nueva Asamblea Nacional a propuesta del gobierno de la izquierda unida.

«Hemos estudiado, naturalmente, los problemas que todo ello plantea, pero aún no ha llegado la hora de tomar iniciativas públicas. Como aumentan las probabilidades de elección de una mayoría de izquierda, tal vez resulten útiles tales iniciativas. Tendremos que pensar en ello. De todos modos, habrá que contar no sólo con los otros partidos de la izquierda, sino también con las organizaciones sindicales y los propios trabajadores.

• Se les acusa de burócratas y centralizadores...

G. M.—Tonterías. Para nosotros, y me interesa insistir en ello, la planificación democrática corre pareja con la más amplia descentralización de los poderes de decisión.

• Los autores del Programa común no han explicado a los trabajadores por qué la lista de nacionalizaciones proyectadas no incluye dos grandes «trusts» cuya posición de monopolio no sólo en el mercado francés, sino también en el europeo, está fuera de discusión: BSN y Michelin. ¿A qué se debe esto?

G. M.—No revelaré ningún secreto si le digo que la lista de grandes empresas industriales susceptibles de nacionalización elaborada por nuestro partido era un poco más larga que la que figura en el Programa común. Hemos dado nuestra aprobación al proyecto conjunto teniendo en cuenta la totalidad de las disposiciones, así como el hecho de que el umbral mínimo de nacionalizaciones conservado en el Programa común constituye para nosotros una base suficiente para el desarrollo de una política económica y social nueva.

• Se acusa al Programa común de incoherencia económica. Los expertos se preguntan cómo pueden lanzar ustedes la idea de un índice de crecimiento del ocho por ciento.

G. M.—Cuando decimos que «hay que elevar el índice de crecimiento a un ocho por ciento», no nos referimos al año mil novecientos setenta y cuatro, sino al período completo de legislatura. En cualquier caso, los medios existen: en primer lugar, el aparato de producción funciona a un ochenta por ciento de su capacidad. No se trata de hacer que funcione a un cien por cien, pero entre ambas cifras queda un margen bastante amplio; en segundo lugar, es posible dar trabajo a un millón quinientos mil obreros más. En tercer lugar, es posible aumentar la cualificación y fomentar la promoción laboral de los trabajadores. Cuarto, hay que reducir el despilfarro. Quinto, es preciso desarrollar la gestión democrática. Hay quienes se

imaginan que todo eso irá acompañado de una aceleración del ritmo de producción, cuando lo cierto es que ocurrirá lo contrario. Se producirá una liberación del espíritu de iniciativa de los trabajadores. Los obreros pueden aportar muchas ideas dentro de las empresas.

• Pero el crecimiento, ¿para quién será?

G. M.—Cuando leo los continuos debates sobre el crecimiento que se publican continuamente y veo los millones de trabajadores que, en este país, no disponen de los medios mínimos de consumo, encuentro ridículas las ideas de Mansholt. ¿Para quién queremos el crecimiento nosotros, los comunistas? Para millones de personas. Para los necesitados. ¡Si viesen ustedes las cartas que recibimos! ¡En la Francia de mil novecientos setenta y tres existe la miseria! Pero hay otros casos. Pienso, por ejemplo, en la autopista C-6 porque está concretamente en mi circunscripción. Esta autopista pasa por entre bloques de viviendas protegidas. Recuerdo que una mujer me dijo: «Si vivo es gracias al valium». Y que un obrero de la Renault que tiene el turno de noche me dijo que dormía en el pasillo de su casa, porque allí por lo menos no había ventanas que diesen a la autopista. No, no nos interesa el crecimiento cero.

• ¿No temen ustedes que algunos de los que han optado por apoyar a la Unión de Izquierda para ser reelegidos, puedan volver, en caso de victoria de la mayoría, al redil de los «reformistas»?

G. M.—No queremos hacer ningún proceso a las intenciones de quienes han afirmado tajantemente su apoyo al Programa común. Claro que tampoco podemos ignorar las lecciones del pasado. No podemos tampoco olvidar las invitaciones que dirigen a los «buenos socialistas» Peyrefitte o Giscard d'Estaing, ni las declaraciones de los líderes pseudo-reformistas, que sueñan en voz alta con una vuelta a las viejas combinaciones de la Cuarta República. Nos hemos visto obligados a censurar, muy a pesar nuestro, las sorprendentes declaraciones de ciertos aliados que se han dedicado a edulcorar el Programa común o que confían en la posibilidad de desistimiento por nuestra parte.

«Todas las maniobras tendientes a despojar a los trabajadores de su victoria después de las elecciones tendrían tanto más éxito cuanto más exigua fuese nuestra representación en la Asamblea. Ahora bien, el riesgo existe. La izquierda está desequilibrada en el Parlamento, en detrimento nuestro, a razón de la ley electoral, que nos es más desfavorable que a cualquier otro partido. Nos es preciso, pues, conseguir el mayor número de votos posible en el primer escrutinio. Para que mañana la izquierda esté mejor equilibrada y salga victoriosa. ■ Declaraciones recogidas por MARCELLE PADOVANI.